



## Semana del 9 al 15 de septiembre de 2018. DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Cuando hables, serás un signo para ellos y sabrán que yo soy el Señor”

### 1.- La Palabra de Dios:

**1ª Lectura:** Is 35,4-7a: “Los oídos del sordo se abrirán, la lengua del mudo cantará”

**Salmo:** 145,7.8-9a.9bc-10: “Alaba, alma mía, al Señor”

**2ª Lectura:** Stgo 2,1-5: “¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres para hacerlos herederos del Reino?”

**Evangelio:** Mc 7,31-37: “Hace oír a los sordos y hablar a los mudos”

**Monición:** La curación de un sordo, tartamudo y marginado, es un signo visible de que el Reino de Dios ha llegado. Al igual que la misión de Jesús, la de la Iglesia consiste en hacer el bien en todas sus formas, especialmente a los más necesitados.

### Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 7,31-37)

+++ Gloria a Ti, Señor

Saliendo de las tierras de Tiro, Jesús pasó por Sidón y, dando la vuelta al lago de Galilea, llegó al territorio de la Decápolis. Allí le presentaron un sordo que hablaba con dificultad, y le pidieron que le impusiera las manos. Jesús lo apartó de la gente, le metió los dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua. En seguida levantó los ojos al cielo, suspiró y dijo: “Effetá”, que quiere decir: “Ábrete.” Al instante se le abrieron los oídos, le desapareció el defecto de la lengua y comenzó a hablar correctamente. Jesús les mandó que no se lo dijeran a nadie, pero cuanto más insistía, tanto más ellos lo publicaban. Estaban fuera de sí y decían muy asombrados: “¡Qué bien lo hace todo! Hace oír a los sordos y hablar a los mudos.”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

### 2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Como decíamos hace algunas semanas, a Marcos le gusta ver y presentarnos al Señor en acción: sanando gente, expulsando demonios, haciendo milagros, transformando las vidas. ¡Ese es Marcos! Su Cristo no es un Cristo que explique muchas cosas, sino un Cristo que obra, que actúa y que, con sus actos, enseña y pone a la gente a pensar.

Ahora vemos, por ejemplo, un milagro de Jesús en el que hace que se abran los oídos de un sordo, que como consecuencia de su sordera, tampoco podía hablar correctamente. El curar la sordera, hoy, es algo que se hace todos los días. Sabemos de médicos que lo hacen con regularidad, de sordos que recuperaron el oído con algún tratamiento, etcétera ¿Qué enseñanza podemos sacar entonces, del milagro de Jesús?

Por supuesto, en primer lugar, que es una curación milagrosa, inexplicable y divina. ¡Solo Dios puede abrir los oídos y destrabar la lengua con un poco de saliva! Pero con la ayuda del Espíritu Santo, podemos encontrar mucha más riqueza que el milagro en sí mismo. Vemos, por ejemplo, que es una curación que tiene origen (o al menos cobra verdadera fuerza) en los corazones llenos de amor y compasión de los miembros de una COMUNIDAD...

En efecto, si prestamos la debida atención a la Lectura, veremos que no es el enfermo el que se acerca a Jesús, sino su comunidad la que lo lleva ante Él, pues dice San Marcos: “*Allí le presentaron un sordo que hablaba con dificultad, y le pidieron que le impusiera las manos...*”

También vemos el Corazón en el cual encuentra eco aquel pedido, aquella **intercesión** de la Comunidad, porque el Corazón de Jesús es un corazón siempre sensible y dispuesto a ayudar a los más necesitados. ¡Cuánto más lo habrá sido en casos como éste, en los que además veía el amor y la preocupación de toda una Comunidad! ¿No sería bueno acaso, que toda la Comunidad del ANE se sienta cada vez más “una sola”, se haga cada día más solidaria, y ayude en todo a todos?

Recordemos que algo similar a lo que leímos hoy había ocurrido cuando los amigos del paralítico hicieron un agujero en el techo para bajar desde allí la camilla hasta donde estaba el Señor... (Cfr. Mc 2,4) El mismo Marcos nos cuenta que “Al ver la fe de aquella gente, (es decir, motivado por la fe de la comunidad) *Jesús dijo al paralítico: ‘Hijo, se te perdonan tus pecados.’*” (Mc 2,5).



Este asunto no debe pasar desapercibido entre nosotros, que como miembros del ANE, tenemos el deber de apoyar y de interceder por cada uno de nuestros hermanos, en general, pero en particular por aquellos que más lo necesitan. Jesús escucha el pedido amoroso que las comunidades le elevan por sus miembros. ¡Cuántas veces hemos sido testigos de eso con nuestros pedidos de oraciones por whatsapp, por ejemplo!

Ahora bien, sabemos que en aquella época había muchos sordos, muchos ciegos, muchos paralíticos y endemoniados, pero Jesús no instaló un “centro de curaciones por especialidades”, ni organizó ministerios rígidos y estructurados de acuerdo con las dolencias o necesidades de los demás, algo así como “paralíticos, atención los lunes de 8 a 12”, ni nada por el estilo.

¡Al contrario!: En cada milagro de Jesús podemos darnos cuenta de que está dirigido a una persona en particular (esa idea la refuerza hoy San Marcos al narrar que Jesús “apartó de la gente” al sordomudo para curarlo), y casi siempre vemos que ese milagro es observado por muchas personas, que a su vez sacan enseñanza y provecho del milagro... Por eso cada milagro es siempre un bien personal, pero a la vez un bien comunitario.

El Evangelio, de San Lucas nos habla de cuando Jesús volvió a la tierra donde había sido criado, Nazaret, casi al inicio de su misión. Estando allí, en una sinagoga, le tocó dar lectura a un pasaje de la Escritura del Libro de Isaías, y sucedió que desenrollando el libro que le habían alcanzado, leyó: *“El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor.”* Luego agregó: *“Hoy les llegan noticias de cómo se cumple esta profecía.”* (Cfr. Lc 4,16-21)

Recordaremos también que cuando San Juan Bautista estaba en la cárcel, le había enviado a Jesús algunos discípulos suyos como “mensajeros”, para que le preguntaran “si era Él el Mesías o había que esperar a otro” (Cfr. Mt 11,2-4 y Lc 7,18-23). Su respuesta, según nos la relata también San Lucas, fue: *“Vuelvan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y una buena nueva llega a los pobres. Y ¡dichoso aquel para quien yo no soy un motivo de escándalo!”* (Lc 7,22-23). La labor sanadora del Señor está íntimamente unida a su misión profética.

Jesús vino a cambiar el mundo, de manera literal, y si no fuera mucha pretensión de parte nuestra, nos animaríamos a decir que todo este cambio se basa en dos premisas: **“No juzgues y no serás juzgado”**, y **“Ama a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo”**...

La segunda de estas premisas, la del amor a Dios y al prójimo, que obviamente es la más importante, que conlleva a todo lo demás (como las obras de misericordia espiritual y corporal) la conocemos todos de memoria, aunque nos cueste tanto ponerla en práctica. La primera, la mencionamos ahora, porque generalmente los juicios sobre los demás son precisamente lo que nos impide cumplir con fidelidad el mandamiento del amor al prójimo: mientras no nos deshagamos del pésimo hábito de juzgar al prójimo, nunca podremos amarlo verdaderamente, porque estaremos siempre más pendientes de lo malo que le atribuimos que de lo bueno que pudiera ser o hacer...

Los primeros en no amar, y en juzgar a los demás, eran los fariseos, los maestros de la Ley, los Escribas, los sacerdotes, los gobernantes, la gente de poder... Como vimos la semana pasada, basaban en la interpretación que hacían ellos mismos de la Ley, todos sus juicios, sus prejuicios y todo el sistema de dominación que les favorecía. Oponerse a ellos era casi una locura, poco menos que un suicidio, por eso Jesús sabía que muchos se escandalizarían de seguirle a Él.

Por otra parte, la curación de este y de otros sordomudos, de los ciegos y los cojos, la liberación de los endemoniados, la resucitación de los muertos, la liberación de los cautivos y la predicación de la buena nueva, especialmente a los pobres y oprimidos, son hechos en sí mismos muy contundentes y buenos, para todos los favorecidos y para sus entornos, pero también son signos visibles de *la gracia de Dios*, que quiere derramarse sobre toda la humanidad, en ese entonces tanto como hoy.

Es por eso que, en general, la Iglesia nos propone, cada vez con mayor insistencia, que practiquemos las obras



de misericordia. Para no estar “muerta”, la fe debe traducirse en acciones concretas, como nos dice el Apóstol Santiago (Cfr. Stgo 2,13-26), también leemos que se pregunta el Apóstol: “¿Será necesario demostrarte, si no lo sabes todavía, que la fe sin obras no tiene sentido?” (Stgo 2,20)

Por todo esto, y por mucho más, porque desde nuestros orígenes como Apostolado, nuestro carisma está basado en las palabras sobre el juicio final que leemos en Mt 25,31-46, no nos cansamos de repetir que es necesario que TODO integrante del ANE se integre al menos a uno de nuestros Ministerios de Servicio, vehículos para hacer el bien y para obtener la Misericordia de Dios, que TODOS necesitamos (Cfr. Mt 5.7).

Hoy vemos que Jesús devuelve el oído al sordo, y con él le devuelve también la capacidad del habla; así, le da la posibilidad de comunicarse mejor con su comunidad, de transmitir sus pensamientos, sus sentimientos y necesidades, es decir, de darse a conocer y de poder conocer: de integrarse más con los demás.

En el mundo, todo habla: una pared pintarrajeada, habla de la necedad de quienes lo hicieron; una calle sucia, habla de una comunidad enferma, pobre, o de autoridades irresponsables; un niño hambriento, habla de la falta de caridad y solidaridad de todos los que le rodean; un niño abortado, habla del egoísmo, del hedonismo, de la falta de valores; el dinero habla, la droga habla, los secuestros hablan... Y aún cuando no queremos hablar, cuando uno sube a un elevador, por ejemplo, y no saluda a quienes están o a quienes entrarán luego en él, no es que no se esté comunicando, al contrario: está diciendo a gritos que es un maleducado, un malhumorado, un egocéntrico, un neurótico, etcétera.

El milagro que nosotros le pedimos a Jesús, es que todo lo nuestro hable de armonía, de paz, de solidaridad, que hable de bien y de nuestro bien... En la Iglesia, nos reunimos en comunidad para que todo hable bien, para que todo muestre amor, solidaridad, lealtad y respeto, o sea, para que todo dé justo **testimonio** de ese Jesús que vino, y al que nosotros estamos mostrando, Aquel de Quien estamos hablando...

Nosotros suplicamos a Jesús que diga también “**Effetá**” a los oídos de cada uno de los miembros de nuestro Apostolado y de nuestra comunidad (familia, oficina, casita de oración, Ministerio de Servicio, Consejo, etcétera), para que podamos oírnos unos a otros, para que podamos retomar la posibilidad de hablar, de comunicarnos, de expresarnos y de mostrar nuestras almas, y así podamos ser más hermanos y menos críticos o espectadores.

Jesús no fue espectador; fue agente de transformación, fue muestra y ejemplo de amor y de servicio. “Effetá” en nuestros oídos, en nuestras lenguas, pero también en nuestras almas, en nuestros corazones. “Effeta” hacia la solidaridad, la confianza y la transparencia, hacia la fraternidad compartida entre hijos de Dios.

Ya hacia el final de la Lectura, vemos que Jesús le mandó callar el milagro al sordo y quizás nos preguntemos: ¿Por qué sería...? Con frecuencia decimos, “porque no había llegado su hora...” (Su hora de ser conocido como Mesías), pero eso es insuficiente.

¿No sería quizás también porque el milagro en sí no era lo más importante? ¿No sería que Jesús no deseaba ser “el hombre que hace milagros”...? Tal vez Él quería y quiere ser simplemente el que entrega a los seres humanos todo lo que es y lo que tiene, lo que sabe y lo que puede hacer, el que ama tan intensamente, que muere por amor. ¡Ese es el gran milagro! ¡El único milagro que salva! El amor es lo importante, lo que *hay que “contar”*.

Por último, leemos el comentario que hacía la gente sobre el Señor: “¡Qué bien lo hace todo!” Jesús no sólo hacía el bien, sino que lo hacía bien hecho, y esto es algo sobre lo que también tenemos que aprender. Recordaremos lo que Jesús nos dice al final del capítulo 5 del evangelio según san Mateo “*Por su parte, ustedes sean perfectos, como su Padre que está en el cielo es perfecto*” (Mt 5,48). La perfección es un mandato evangélico, y consiste precisamente en hacer las cosas bien, no sólo hacerlas.

Es necesario dar el cien por ciento en lo que uno hace. Hablando sobre este asunto, lo graficaba con unos jóvenes hace algunos meses así: vas a dar tu cien por ciento cuando hagas las cosas de la siguiente manera:

- 1° Piensa en por qué y para qué las debes de hacer
- 2° Hazlas como si no tuvieras nada más que hacer



3° Hazlas como si fueran lo más importante para ti

4° Hazlas como si el futuro de la humanidad dependiera de ello

El Señor nos da su gracia y nos bendice de mil maneras, pero nosotros tenemos que poner los medios que Él mismo nos ha dado, para ser lo que debemos ser, para hacer lo que debemos de hacer, y para hacerlo tal como lo debemos de hacer.

**3.- Preguntas para orientar la reflexión:** *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

**a)** Ante la misión de “evangelizarnos para evangelizar”, ¿veo la verdad de mi alma y mis capacidades con humildad y esperanza, o me hago al “sordo” y al “mudo”, debido a mi soberbia?

**b)** ¿Aprovecho las ocasiones que se me presentan para evangelizar a los demás, o prefiero conformarme sintiéndome “incapacitado” para hacerlo?

**c)** ¿Está mi vida permanentemente “abierta” a la Gracia de Dios? Lo que yo hablo y la forma en la que actúo ¿son signos de la presencia viva de Cristo? ¿Estoy integrado ya, y entregando todo lo que puedo, en alguno de los Ministerios de Servicio del ANE?

**d)** “*Todo lo ha hecho bien...*” decían los judíos de Jesús... Y yo, ¿creo que “lo ha hecho bien”, al elegirme a mí, para llevar sus enseñanzas a los demás? Pues si no estoy tan seguro, debo procurar hacerme más digno. Debo utilizar al máximo los talentos y capacidades que Él me ha dado, para ponerlos eficazmente a Su servicio. El tiempo es AHORA.

**4.- Comentarios de los hermanos:** *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

**5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones 1504, 1151, 2489, 2494.**

**Nota:** Debido a la extensión de esta catequesis, tomaremos sólo dos de estos cánones:

**1504** A menudo Jesús pide a los enfermos que crean. Se sirve de signos para curar: saliva e imposición de manos, barro y ablución. Los enfermos tratan de tocarlo, “pues salía de Él una fuerza que los curaba a todos” (Lc 6,19). Así, en los sacramentos, Cristo continúa “tocándonos” para sanarnos.

**2489** La caridad y el respeto de la verdad deben dictar la respuesta a toda petición de información o de comunicación. El bien y la seguridad del prójimo, el respeto de la vida privada, el bien común, son razones suficientes para callar lo que no debe ser conocido, o para usar un lenguaje discreto. El deber de evitar el escándalo obliga con frecuencia a una estricta discreción. Nadie está obligado a revelar una verdad a quien no tiene derecho a conocerla.

**6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:**

**CA-111** No importa qué se da al enfermo, con tal que sea para su salud. Lo que importa es sanar. Yo los sano, y tanto mejor cuanto más asimilan Mis cualidades. Pero el enfermo no puede permanecer inactivo, recibiendo la medicina, debe de alguna manera contribuir a la salud. Por lo tanto, Yo los dejo inactivos y quiero que Me ofrezcan su intención de hacerse sanar por Mí, médico y medicina. Yo curo, ustedes deben ser curados.

**7.- Virtud del mes:** Este mes practicamos la virtud de la **Esperanza** (CIC: 1817-1818-1820-1826-2090-2091).

**Esta semana veremos el canon 1818, que dice:**

**1817** La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa” (Heb 10,23). Este es “el Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza, por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna” (Tit 3,6-7).

**Y La Gran Cruzada nos dice:**

**CA 127** Renuncien a la maldad, a la soberbia y al orgullo destructor, acepten las virtudes que les doy: la humildad, la paciencia, la fe, la esperanza, la caridad al cuerpo y al alma. La virtud de amar al Amor de los Amores.



No importa que no Me sientan ya tan sensiblemente cercano, Estoy con ustedes hasta la consumación de los siglos. Soy el Padre amoroso para quien Me ama y obedece y Juez severo para quien Me rehúsa un latido de amor y de obediencia. Su Miseria es grande pero Mi Misericordia es infinita.

**8.- Propósitos Semanales:**

**Con el Evangelio:** Dejaré de lado los temores que me mantienen “mudo” e inactivo, me esforzaré más en la edificación del Reino. Esta semana, rezaré tres Rosarios pidiendo solamente por el ANE.

**Con la virtud del mes:** Mi única esperanza será la de cumplir la voluntad de Dios, que me será revelada por el Espíritu Santo de muchas maneras y cada día. Le pediré al Señor con insistencia que así lo haga.

**9.- Comentarios finales:** *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*